

## Lo que se pierde y lo que se gana.

Aceptar que existe un mundo real, independiente del conocimiento y del sujeto cognoscente, es la actitud básica a partir de la cuál, se constituyen todas y cada una de las llamadas ciencias reales o fácticas. Una actitud que implica a la vez, un presupuesto metafísico indemostrable, como es lógico que ocurra con cualquier principio de estas características.

Ahora bien, se puede tomar este concepto y desarrollarlo en sentido negativo diciendo: “no hay ni puede haber algún tipo de prueba fáctica, válida científicamente que nos compruebe la existencia de una realidad independiente del sujeto que conoce”.

Esta afirmación es tan sofisticada como verdadera, sofisticada por su misma estructura, ya que plantea, que resulta imposible que exista una prueba de la existencia de “algo” independiente de “otra cosa”, si esa prueba exige la presencia de esa “otra cosa”; o formulada de otra manera que toda afirmación científica con respecto a la realidad autónoma del mundo, siempre implica al sujeto cognoscente que la produce y manipula.

Pero este sofisma, no se limita a ser un mero juego con palabras y conceptos contradictorios, es al mismo tiempo una verdad absoluta a partir de la imposibilidad que plantea y que podría resumirse en la siguiente expresión: “dadme una prueba del mundo, de su ser y su existencia, dadme una prueba de él que no requiera ni de los hombres ni de su capacidad de conocimiento, que no necesite ni de la ciencia como tampoco de los individuos que la ejercitan... dadme esa prueba, y entonces estaré totalmente seguro que hay un mundo que no requiere de nosotros... dádme la, pero no me la deis porque en el mismo momento en que yo la conozca ella perderá todo el valor que posea”.

Aquí nos encontramos en un punto límite, en una frontera que no se puede superar de manera alguna, en un círculo cerrado que completa y reinicia su trayectoria. Ya que si bien se pueden realizar investigaciones psicológicas, sobre la forma en que se instaura la noción de realidad en la psiquis o plantear hipótesis gnoseológicas, sobre como los procesos cognitivos nos permiten un acceso veraz a lo real, cualquiera de estas posibilidades siempre choca a la hora de su justificación última con la condición humana y las características que el conocimiento adquiere en ella. Ya que cuando un problema, y el único medio para resolverlo se identifican hasta llegar a ser la misma cosa, ese problema adquiere la característica de irresoluble.

Una prueba de esta situación, la encontramos en el hecho de que, todos los intentos que se han realizado en este sentido en el transcurso de la historia, han resultado en mayor o menor medida fallidos. Aún aquellos tan extremos y audaces como el cartesiano, basado en la realidad supuesta de la duda; porque si ella nos garantizaría el pensamiento y el pensamiento a su vez la existencia, cuando llega el momento de que ese sujeto del pensamiento dé su gran salto hacia el mundo como realidad, se requiere de algún Dios que garantice esa posibilidad y de algún demonio que la complique. Y en este sentido, el mundo como sustancia extensa, no resulta más real que el mundo como puro fenómeno.

Además, esta demostración ni siquiera supera los obstáculos del sueño y la alucinación, inicialmente planteados por Descartes, y lo que sería mas grave aún, ya no sólo no los supera a la hora de demostrar la realidad del mundo, sino la realidad del propio ser que piensa, porque si la duda garantiza el pensamiento y el pensamiento garantiza la existencia propia, en este sentido no menos créditos pueden presentar la alucinación y el sueño. Si replanteamos la clásica fórmula cartesiana podríamos decir “si sueño pienso (a menos que alguien pueda demostrar que puede haber sueño sin pensamiento), por lo tanto existo” o también afirmar “si alucino pienso (a menos que alguien pueda demostrar que se puede alucinar sin haber un procesamiento mental de la imagen camuflada de realidad), por lo tanto existo”. O dando otra vuelta de tuerca también sería posible afirmar “sólo si sueño, alucino o mis sentidos me engañan dudo, y sólo si dudo estoy seguro que pienso y sólo si estoy seguro que pienso estoy cierto que existo”. Con lo cual llegaríamos a la paradoja (racionalmente tan escandalosa y poéticamente tan seductora) de que el sueño, la alucinación y la apariencia serían los cimientos de nuestras certidumbres fundamentales.

Por último, queda el problema de qué o quién es el que realmente “duda, piensa, existe” porque se puede suponer que “nuestra duda, pensamiento, existencia” son pensados, soñados o alucinados por “otro”, ya sea este otro ser humano, un alienígena, una divinidad y por que no algún animal (por ejemplo: he contemplado en más de una oportunidad a mis gatos durmiendo y los he visto mover los ojos debajo de los párpados, ese típico movimiento ocular propio del acto de soñar, y desde un punto de vista que podría calificar de ficcional he concebido el argumento de que el mundo todo – incluyendo en él a mi persona - son el producto del sueño fantástico, absurdo e irracional de uno de estos felinos).

Ahora bien, una convicción como esta podría hacernos caer en un idealismo extremo, que consideraría toda la realidad como el producto del pensamiento particular de cada uno de los hombres como lo plantearon, a su manera y en su momento, Berkeley o Hume o de una Razón Universal, superior y trascendente, como aquella Idea propuesta por Hegel. O llevarnos como ya anteriormente lo desarrollamos, a no distinguir entre el sueño y lo real en el estilo de Descartes pero sin contar con el cogito para auxiliarnos; o a considerar todo lo externo como una alucinación o un engaño de los sentidos, duda que desde los eleatas en adelante ha atravesado al pensamiento occidental sin que obtenga una respuesta definitiva.

## Lo que se pierde y lo que se gana

Podría ocurrir eso y de por sí ha ocurrido; pero aquí surge otro interrogante: si existe un obstáculo tan grande para poder aceptar el carácter real de “todo aquello que no es nosotros”, ¿por qué la inmensa mayoría de los hombres (sino todos, más allá de las ideas que sustenten) y la inmensa mayoría de las sociedades y culturas (sino todas) han terminado aceptando de hecho cuando no de derecho la realidad del mundo más allá de la propia existencia?. ¿Cuál es el fundamento para esta convicción?. ¿Cuáles son los mecanismos y fenómenos que la hacen posible y la sustentan?. ¿Se trata solo de una fe crédula que se levantaría sobre la ignorancia y la necesidad para ocultarlas y compensar los problemas que ellas de por sí producen?. ¿O es una convicción cuyos cimientos son el hábito y la repetición de ciertas experiencias? Y si así fuera, ¿Cómo entender la paradoja, de que sean la ignorancia y el hábito las bases sobre las cuáles se levantan todos los desarrollos y adquisiciones de las ciencias, las tecnologías y el conocimiento humano?. ¿Cómo aceptar que sea “un hueco”, “un vacío” en el saber lo que hace posible la existencia del conjunto de los conocimientos más rigurosos y firmes?.

Interrogantes a los cuáles podríamos sumar ésta otra pregunta: ¿es sólo una necesidad gnoseológica-pragmática la que debe ser cubierta de alguna forma (¿Ya que, como se puede investigar, conocer, manipular un mundo de cuya existencia real se duda?) o también se encuentra implícito en esta cuestión un problema existencial y ontológico; el del temor, tan intenso como profundo, de perder la propia identidad, el propio ser, la propia existencia; temor que es el que justamente nos lleva a necesitar creer en la realidad del mundo y a partir de ella en nuestra propia realidad como seres?.

Pero ya sean la necesidad o el temor, o las dos a la vez, o cualquier otro factor o elemento que no se hayan tomado en cuenta. Indiscutiblemente, algo nos permite ir más allá de todo aquello que en cuanto objeto de la percepción y del conocimiento siempre se encontrara detrás del velo de lo simbólico, que a la vez que establece nuestra posición y nuestra condición en el mundo, de él nos separa impidiendo cualquier tipo de contacto directo (es decir no mediado) con aquellos que teóricamente podríamos calificar como los sujetos, si nos atenemos en este punto a las categorías aristotélicas.

¿Pero en qué consiste ese algo al cuál nos referimos?. Primero se debe aclarar que este problema, debido a su carácter esencialmente trascendente no afecta, en cuanto que no produce secuelas inmediatamente perceptibles, a la praxis que la existencia humana en sí misma implica; ya que si hay algo inocuo para lo práctico es ciertamente lo trascendente.

Ni las producciones teóricas, ni las acciones fácticas, ni la misma vivencia de la vida pueden ser afectadas directamente en su posibilidad por este problema ya que si así fuera nada sería posible... ni siquiera la misma supervivencia humana. Cuando sentimos hambre, salimos a buscar comida sin preguntarnos o hacernos algún problema por el hecho de saber si son o no son, o que son el hambre y el alimento, así como también nuestro ser y el mundo entero. Y de la misma manera se da para la inmensa mayoría de las cosas de la vida. Y es, justamente, esta especie de “indiferencia metafísica” la primera herramienta que nos abre los caminos hacia la realidad, hacia su aceptación y su vivencia. Indiferencia o desinterés, que da su fundamento a la certeza natural y espontánea que poseemos con respecto a la veracidad de nuestra percepción del mundo. Certeza que, en cuanto anterior a cualquier tipo de reflexión, resulta a nivel de las convicciones elementales inmune a todas las objeciones teóricas posibles; pero que por la misma razón, en el instante de salir de ese universo para entrar en el espacio de lo reflexivo, pierde todo su valor de presupuesto indiscutible.

Ahora bien, en el contexto de esta meditación “hemos perdido” a la realidad y hasta a nosotros mismos como objetos especulativos, por lo tanto cabe preguntarse: ¿Hay un punto de anclaje que nos brinde alguna seguridad en este mar de objeciones y de dudas?.

Teórico – especulativo no, el racionalismo idealista llevado a su punto extremo, sólo desemboca en callejones sin salida o directamente en el absurdo (y Parménides - el primer gran racionalista de la historia de la cultura occidental - como también su fiel discípulo Zenon de Elea, serían ejemplos por excelencia de ello), pero eso no quita que podamos buscar una solución por otra parte.

Al plantear la imposibilidad de demostrar la existencia de un mundo real, independientemente de la presencia y el accionar del sujeto cognoscente, afirmamos que esto era una verdad absoluta, o diciéndolo de una forma mucho más humilde y por lo tanto más sabia una certeza indiscutible, y todo ello a causa del hecho de ser una imposibilidad que no acepta objeciones; porque si hay verdades o certezas absolutas, éstas siempre se refieren a imposibilidades definitivas. Como en los casos del nacimiento, en cuanto imposibilidad de un regreso a las formas arcaicas de la totalidad y la autonomía, de la muerte como imposibilidad de la continuidad perpetua de la vida, del síntoma en el sentido de la imposibilidad de un yo consciente para constituirse como una forma de unidad soberana, de las necesidades vitales básicas entendidas como “imperativos categóricos orgánicos” que testimonian todo el conglomerado de los no posibles que el hecho de estar vivo implica, del placer y del dolor en sus instancias “angelicalmente orgánicas” – “angelicales por inmediatas, inocentes, intensas y puras – y en las cuales el sujeto se convierte en una imposibilidad para sí mismo, como por ejemplo cuando en el orgasmo nos encontramos con el negro rostro de Thanatos ( ¿por qué acaso puede haber en la vida algo más parecido al instante de la muerte, que ese segundo tan siniestro y tan sublime del momento supremo del coito?) o un dolor intenso de muelas nos arrebatara por algún tiempo toda la energía de Eros (¿por qué

## Lo que se pierde y lo que se gana

que hombre o mujer, bestia o cadáver, cosa o imagen puede competir como objeto de la libido con una molestia de este tipo cuando ella se hace presente?).

Ante estas imposibilidades, ante su aparición plena y a la vez abrumadora no se duda... ellas no permiten la objeción intelectual, ellas nos obligan a decir como Pirrón “¡Es muy difícil al hombre despojarse de sí propio!, y agregar por nuestra cuenta y para completar cabalmente la frase “¡y de todo aquello que es lo otro!. Por que si en una situación de este tenor (por ejemplo, ante el cadáver de nuestra madre o nuestro padre, de nuestra esposa o nuestro hijo en el ataúd) alguien nos cuestionara la realidad, tanto del mundo como de nosotros mismos, la única respuesta que obtendría (y eso si nos comportamos de una forma extremadamente civilizada) sería la de ¡Idiota!.

Los instintos de supervivencia (que junto con los procesos orgánicos nos prueban que somos animales) y la pulsión sexual (que hace posible una sexualidad no animal – es decir no exclusivamente reproductiva – y que junto con la razón abstracta y las capacidades cognitivas nos demuestran que no sólo somos bestias) establecen puentes de contacto directo con la realidad. Y contra esto no se compete, ni aún intelectualmente.

En la civilización occidental, desde el Romanticismo en adelante, especialmente, se ha ido construyendo un mito de lo inmediato y de lo obvio como garantía de verdad, porque se piensa, que toda mediación oculta al sujeto de existencia para convertirlo en un objeto de percepción y de conocimiento, es decir en una versión siempre generadora de desconfianza y de duda. Tal vez por eso nuestra cultura se cautiva ante el animal, del cuál supone que establece una relación directa con el mundo (concepto de por si plausible, a la hora de analizar la situación de la gran mayoría de las especies vivientes y discutible, hasta cierto punto cuando se trata de algunos mamíferos evolucionados como los felinos, los caninos y especialmente los cetáceos y los primates) y también por la mentalidad de los pueblos primitivos, o de cultura salvaje como los denomino de una forma mucho más adecuada Claude Levy Straus; y en los cuáles también se creyó ver ese tipo de contacto puro, inocente, casi directo con la naturaleza.

Nos encontramos así ante una especie de “neurosis obsesiva cultural”, que no sólo afecta en mayor o menor medida al pensamiento filosófico y al artístico sino también al científico, ¿Por qué, qué otra cosa es un hombre de ciencia positivista, sino alguien que cree que puede establecer una relación sin mediación con las cosas y los hechos a partir de ver, tocar, medir, sopesar, cuantificar?.

Se que ningún positivista puede ofenderse si se lo califica de obsesivo y de neurótico, ya que eso cae de maduro; pero también estoy seguro que la situación resulta totalmente distinta si se lo define como un “romántico reprimido”, como un romántico que se esconde detrás de un materialismo limitado... pero que se le va hacer, así son las cosas.

Ahora bien, ésta pérdida de confianza en la realidad como algo real, sin lugar a dudas y en la posibilidad de establecer un contacto sin intermediarios con ella, con el consiguiente proceso de fascinación por lo animal y lo salvaje, lo inmediato y lo obvio, devenidos elementos de compensación ante dicha pérdida, es una característica propia de nuestra cultura y una consecuencia lógica de su desarrollo. Porque si como muchos autores lo han demostrado, cada cultura produce su propio hombre, si hay tantos tipos de hombres diferentes, de acuerdo a las diversas culturas en los distintos momentos históricos, sería arriesgado cuando no imprudente, intentar universalizar una problemática pretendiendo que ha resultado similar para todos los seres humanos de todas las geografías y todos los tiempos.

El ya citado Levy Straus, para los pueblos salvajes y Jean Pierre Vernant, para los griegos, entre las civilizaciones antiguas han dado más de una prueba valedera en este sentido. Por ejemplo, un griego antiguo no dudaba de la realidad de aquello que veía (y en este sentido, no hay que cometer el error de confundir los griegos en general con sus filósofos) porque pensaba que a la hora “del ver” no sólo sus ojos recibían las luz que las cosas proyectaban hacia ellos, sino que desde esos mismos ojos se escapaba la luminosidad de la mirada buscando a las cosas, y que ambas corrientes se encontraban en el camino bajo la tutela del sol, que a su vez todo lo iluminaba. En este caso el objeto, no se limitaba a dejarse capturar de manera pasiva por el sujeto, ni lo ojos pasivamente se dejaban atravesar por los estímulos, aquí sujeto y objeto son activos, y la percepción de alguna forma se produce fuera ellos, en el sitio de su entrecruzamiento. Además, para los griegos no creer en la realidad del mundo implicaba ser ateo e impiadoso (y esto último, desde el punto de vista religioso era la peor de las faltas) por cuanto para ellos (para su religión y su mitología) todos sus dioses nacieron y eran en el mundo y no fuera del él. Dudar o no creer en la realidad del cosmos era, por lo tanto, dudar o no creer en la existencia de sus divinidades.

Algo parecido pero a la vez diverso, se daba con respecto al hombre del Medioevo, para el cuál, si bien Dios existía como tal, fuera del mundo no resultaba menos real, por ello, por lo tanto ¿Cómo había de dudar de la realidad de las cosas que percibía sino no podía dudar de manera alguna de la realidad del Dios no percibido?. Y hasta podemos afirmar que ésta circunstancia se mantiene en la actualidad, la gran mayoría de los hombres y mujeres del mundo encuentran, en la idea de Dios una garantía del mundo en el que viven, lo cual generaría la aparente paradoja y singular ironía de una cultura moderna, postmoderna, contemporánea, o como quiera llamársela sustentada en una humanidad en gran parte todavía medieval.

## Lo que se pierde y lo que se gana

Dijimos aparente paradoja, mientras se sepa distinguir entre la cultura en sí misma y la población que la genera, entre ésta civilización en la cual - como dijo Nietzsche, a partir de una intuición soberbia y con una expresión impecable - "Dios ha muerto" y los seres humanos que la integran.

Ahora bien, nos hemos referido a las pérdidas y a las faltas, las posibilidades y las imposibilidades que afectan a los individuos y a los grupos humanos, a las sociedades y a las culturas. Y ellas resultan esenciales, porque perfilan estructuras y determinan recorridos. Nuestra civilización ha tenido las suyas y son ellas las que especifican muchos de los caracteres que la diferencian de otras.

La pérdida de una relación directa y espontánea con el mundo, un específico replanteo de la manera en que se lo percibe y se lo conoce, la puesta en duda de los principios sobre los cuales se edifica la realidad, esa especie de espacio vacío o hueco que se constituye en el mismo saber por un lado y en la dialéctica entre él y las cosas por el otro.

Pero como toda falta implica algo que también se tiene, como toda imposibilidad va acompañada de una posibilidad que actúa como su contracara, las pérdidas anteriormente citadas - no las únicas, ya que se pueden considerar muchas otras - resultan fundamentales a la hora de la constitución y desarrollo de las ciencias, las tecnologías, las teorías y las prácticas tal como las entendemos, disfrutamos y padecemos.

Al comienzo de este texto, hablamos de la importancia que tiene el sujeto cognoscente en esta problemática que estamos desarrollando, y su existencia y su función implican un doble significado, porque no sólo es causa de la dificultad en cuanto que su presencia, establece ese distanciamiento lógico que se da entre el que conoce y el objeto conocido, sino también porque es un mojón que establece un límite al relativismo. Se puede dudar de la realidad del mundo, del tipo de relaciones perceptivas y cognitivas que con él se establecen... pero si se duda de la presencia del sujeto cognoscente el problema deja de ser tal. Sin él la dificultad desaparece. Y en este contexto, sí es imposible demostrar la existencia de un mundo real, independiente del sujeto que conoce, resulta por igual imposible negar la existencia éste.

Pero aún hay más... el ser humano no es sólo un sujeto del conocimiento, es también un sujeto de los procesos biológicos, del derecho, de las relaciones económicas, de la historia, del inconsciente, etc..., es una multiplicidad de subjetividades diversas integradas en un mismo sistema de existencia. Y éstas subjetividades, no son inocuas unas con otras, se entrecruzan, se combinan, se modifican mutuamente.

Así la inmadurez neurológica propia del sujeto humano biológico, interviene activamente en la determinación de muchos de los tipos de relaciones gregarias, que establecerán entre sí los sujetos de la sociedad y de la cultura, como también en la constitución del hombre en cuanto sujeto de los procesos psíquicos. La tendencia biológica a la exogamia propia de la especie humana y en el mismo sentido, el rechazo del incesto a nivel socio-cultural, especificarán relaciones de mutuo condicionamiento con la constitución y desarrollo de instancias psicológicas fundamentales, como el complejo de Edipo y con muchos de los sistemas de ordenamiento social, cultural y jurídico que afectarán positivamente a sus sujetos respectivos. A su vez, las condiciones estructurales y funcionales del sujeto del inconsciente, tendrán influencia sobre los sujetos de la cultura, de las relaciones sociales, de la economía y de la política y como contrapartida estos sobre él (y en este último sentido el caso de la antigua sociedad inca puede resultar más que interesante)... y así podríamos continuar casi indefinidamente.

También se podría plantear, la constitución de subjetividades complejas o de un segundo nivel de organización, a partir de las relaciones particularmente íntimas que algunos tipos de subjetividades mantienen entre sí; como el caso del sujeto del inconsciente, el sujeto cognoscente y el sujeto del conocimiento (ya que sujeto cognoscente y sujeto del conocimiento no son la misma cosa) y que podríamos denominar sujeto de los procesos psíquicos o mentales.

O preguntarse en algunos casos, si un tipo de subjetividad no implica en sí otras subjetividades que poseen una identidad propia, como en los casos del sujeto del inconsciente, entendido como aquel sujeto humano que posee una estructura psíquica y un funcionamiento anímico propios y específicos, y el sujeto de lo inconsciente concebido sólo como efecto de éste, en cuanto sujeto-proceso-fenómeno de la puesta en funcionamiento de un lenguaje articulado. O de qué manera, el ser sujeto del lenguaje se relaciona dentro de su propio dominio lingüístico con subjetividades tan diversas como las implicadas por el inconsciente, la cultura o la historia (sin dejar de tomar en cuenta que dentro del mismo sujeto del lenguaje, se podría distinguir inicialmente a un sujeto de la lengua de un sujeto del habla).

Esta reflexión sobre la multiplicidad de las subjetividades, no es gratuita y está referida al problema que inicialmente planteamos, ya que si la cuestión de la realidad del mundo dependiera sólo de nuestra condición de sujetos del conocimiento, la respuesta nunca resultaría totalmente satisfactoria, pero las subjetividades al articularse entre ellas no sólo se relacionan y se entrecruzan también se completan, se hacen posibles, se apuntalan. Los sujetos de la biología, de la cultura, del lenguaje, de la historia, del inconsciente en particular y de los procesos psicológicos en general, también nos garantizan el carácter real de la realidad. Y éstos testimonios nunca se dan aislados, sino que se articulan entre sí reforzando sustancialmente la certeza que generan.

## Lo que se pierde y lo que se gana

Y en éste sentido, la teoría freudiana aporta cosas más que interesantes. Cuando Freud, en los comienzos de sus desarrollos de la teoría psicoanalítica distingue, claramente en la "Interpretación de los Sueños" entre, la percepción como una instancia de captura y paso, que no puede conservarse en el tiempo porque obstruiría el ingreso de las otras percepciones siguientes, y la huella mnémica, en las cuáles se han de guardar esos datos, para poder recuperarlos posteriormente como memoria. También afirmando, que los procesos perceptivos de la vigilia consciente son progresivos, mientras que los del sueño tendrían un carácter regresivo; y cuando mucho tiempo después plantea, la hipótesis de que para establecer el principio de realidad, es necesario perder en algún momento el objeto de la percepción porque sino, jamás podríamos distinguir entre lo percibido realmente y la alucinación. Nos está dando una serie de elementos y conceptos (más allá del carácter todavía muy primario, desde el punto de vista teórico de su primera concepción tópica y funcional del aparato anímico) para poder distinguir, de manera clara y distinta entre la percepción por un lado y la alucinación por otro, entre el estado propio de la vigilia en un caso y el que caracteriza al sueño en el otro... soluciones de por sí mucho más adecuadas y eficientes que las cartesianas.

Y aquí se hace necesario, volver a las cuestiones de las Perdidas y las Faltas, y del papel fundamental que cumplen, a la hora del establecimiento de los distintos tipos de relaciones, que en el transcurso de su vida, mantiene el sujeto humano con el mundo, a partir del juego que entre sí establecen el Todo, lo Uno, lo Demás y lo Otro.

Recordemos que en la instancia intrauterina, el sujeto humano en función de las condiciones de su existencia, no se distingue de su entorno. Ingrávido, satisfechas sus necesidades básicas, sin requerir de un gasto de energía; o dicho de otra forma sin esfuerzo, auxiliado y protegido por su contexto. No existe ninguna distancia que lo separe y lo diferencie de todo aquello que ya comienza a percibir; él es el Todo y el Todo es él. Su condición de sujeto inerte, resulta absoluta en cuanto que, es un organismo en formación, incapaz de satisfacer sus necesidades por sí mismo, pero a la vez, se articula con aquella otra de sujeto permanente auxiliado por un medio, con el que se encuentra materialmente unido y con el que la identificación es total. Si conservamos en la memoria, huellas de éstas vivencias no podemos saberlo; si así fuera, lo que es seguro, es el hecho de que no podríamos recordarlas de ninguna forma, ni como recuerdo de percepciones. Porque en ese momento los sentidos trabajaban de una forma muy diferente y todo lo que se percibía era "sólo lo propio", ni discursivamente, ya que al no poseer en esos instantes un lenguaje que lo simbolizara, son recuerdos mudos que ningún enunciado podría referir... pero si como algunos creen, todo se conserva en la memoria, tal vez son los restos absolutamente inconscientes, pero activos de ésta experiencia los que nos impulsan a anhelar esa comunión, entre nuestras personas y el mundo, esa especie de unidad arcaica que no acepta mediaciones, esa realidad en la cual lo Uno que somos, no se distingue de todo lo Otro posible, y en la que el conocimiento no tiene límites, justamente porque no existe.

Una condición, una forma de ser y de existir que desde la edad adulta se imagina como ideal y paradisiaca, pero que como todo implica también un costo, efímera en función de la extensión completa de la vida humana, limitada por que el universo intrauterino, sin bien pudo ser la totalidad en esa etapa, no deja de ser una realidad pequeña y ceñida con respecto a aquella que se despliega más allá de las fronteras del vientre.

Poco después, se produce la primera de las dos tragedias supremas. Nacer y Morir, son hechos trágicos por excelencia por lo que implican de real, aterrador e infausto. Pero desde cierto punto de vista, el Nacimiento es aún más siniestro que la Muerte. En algunas circunstancias de la Vida, ésta última puede presentarse como seductora, el sufrimiento físico, la desesperación o la angustia logran a veces hacerla parecer como lógica o necesaria; por no hablar de un instinto primitivo que nos llama a regresar hacia los equilibrios absolutos, de un impulso constante y a la vez arcaico que reclama la paz de lo inorgánico. La Muerte puede ser una especie de regreso hacia lo que fue antes; el Nacimiento por el contrario siempre es el "ser lanzado hacia lo desconocido". Además el Morir implica una lógica, aquella por la cuál el fin de la existencia, coincide con la instancia de máximo desarrollo de la entropía del organismo humano; el Nacer, por el contrario, no respeta esta coherencia. Porque, el Nacimiento es también una forma de Muerte, aquella por la cuál se muere a la vida intrauterina, para nacer a la externa; podríamos decir, una forma paradójica de ella que no afecta, ni la integridad orgánica ni la continuidad biológica del sujeto.

Y tal vez, de la vigencia en lo inconsciente de experiencias primordiales como éstas, deriven mitos cardinales, del tipo de los judeocristianos de los ángeles arrojados del cielo a los infiernos o del hombre y la mujer expulsados del Paraíso. La analogía resulta evidente, a partir del nacimiento somos arrojados de un cielo a un infierno, convertidos de ángeles en demonios, expulsados del Paraíso, condenados a ser mortales.

El primer gran trauma de la existencia y el primer gran desequilibrio, la primera ofensiva masiva y descontrolada de los estímulos, la pérdida de una armonía estática y de una unidad-totalidad primigenia, diluidas en un marasmo tan dinámico como descontrolado de sensaciones nuevas. Y también, la primera vivencia de dolor - no devenida del funcionamiento interno del organismo, sino de un espacio exterior, ajeno, extraño, inédito - y la primera vivencia de una satisfacción específica, cuando el sujeto inerte, busca en la exterioridad del cuerpo materno aquello que definitivamente quedo dentro. Esta situación es tan sublime y grandiosa como aterrador y dramática, y su esencia básicamente contradictoria genera grotescas paradojas. Unos padres que celebran alegres y felices la peor de las desgracias que podía pasarle a su hijo amado (amado por lo menos a nivel

## Lo que se pierde y lo que se gana

consciente; pues alguna vez habrá que abordar de manera completa la saga de Edipo, para poder preguntarnos, si los padres aman a sus hijos recién procreados de la forma en que ellos creen y lo que es mas importante “si sólo se limitan a amarlos”).

No se crea que en éstas palabras, hay un condena del hecho de nacer y una reivindicación de la Muerte frente a Vida, de ninguna manera. Ellas constituyen sólo un discurso simbólico-descriptivo; y si de algo estoy seguro es de cuán fuertes y valiosos deben ser lo motivos de la Vida, para que frente aun panorama tan oscuro, tenebroso, sombrío nos aferremos a ella de la manera apasionada en que lo hacemos. Porque si la articulación, entre los instintos de supervivencia heredados de la condición animal y la sexualidad, devenida específicamente humana generan algo parecido, a eso que tan poéticamente denomino Freud como, Eros y si Eros y Thanatos en su relación dialéctica, mutuamente se refuerzan, es lógico que a una mayor fuerza de los poderes de la Muerte mayores sean las fuerzas de la Vida.

Pero más allá de las aclaraciones, el Nacimiento es siempre la primera gran fragmentación. Hasta ese momento éramos una unidad absoluta e indiferenciada, a partir de él, dejamos de ser Todo para pasar a ser Lo Uno.

Ese Uno, que deberá enfrentarse a un caos topológico, vital y perceptivo de espacios indefinidos en lo cuales no hay ni un adelante ni un atrás, ni un arriba ni un abajo, ni un aquí ni una halla, ni fondos ni figuras; de fuerzas nunca antes conocidas y cuya acción resulta tan extraña como hermética; de necesidades perentorias que se deberán comenzar a enfrentar con las propias fuerzas, más allá de los auxilios recibidos - auxilio que ya no será constante y siempre a disposición como el interior del útero, sino que en cada oportunidad pertinente se deberá reclamar a voz viva -, de percepciones inéditas que irán perfilando un mundo nuevo - aún esencialmente confuso - de colores, olores, sonidos, sabores, sensaciones táctiles, estímulos tanto internos como externos.

La primera fragmentación, la primera diferenciación en todo el sentido de la palabra, el primer movimiento de ese proceso por el cuál nos iremos distanciando.

El Todo deja de ser la Unidad. Ahora, tenemos al Uno que somos y a todo “lo demás”, todo eso que sobra, todo eso que no se puede articular todavía coherentemente, todo eso que se presenta oscuro y peligroso.

La Necesidad y el Temor, comenzarán su trabajo efectivo y laborioso al ir estableciendo los límites iniciales de nuestra psiquis, mientras el crecimiento orgánico lo hace con los del cuerpo. Fino trabajo de recorte. Ya no podremos confundirnos con el mundo del cuál fuimos amputados. Y así se pierde una forma de realidad y la manera de vincularse con ella, porque de pérdidas hablamos.

Situación opuesta a la que es actualmente la nuestra, la de adultos concientes y en mayor o menor medida formados. Ahora podemos dudar de la existencia de un mundo real al cuál, irónicamente, lo conocemos, lo organizamos, lo manipulamos según las posibilidades de nuestras fuerzas, del cuál aunque parezca contradictorio “estamos seguros”... en aquellas instancias, por el contrario, nos enfrentábamos a una realidad indiscutible que no podíamos ni conocer, ni organizar, ni manipular; de forma alguna, una realidad que era esencialmente insegura. Tal vez por eso, dormíamos tanto... debió ser una buena forma de escapar regresando, aunque sea momentáneamente, a las condiciones de existencia perdidas. Porque ¿qué cosa puede resultar más similar al útero que el dormir sin soñar?.

Pero ésta situación-condición, no se prolonga demasiado tiempo. La Naturaleza y la Cultura no lo autorizan. Hay que adaptarse, hay que evolucionar, hay que seguir perdiendo “algo”; y así los “huecos” irán apareciendo en el panorama para que éste devenga tal.

Inmaduros biológicos llamados a madurar, sujetos absolutamente desvalidos que deben adquirir, lentamente, paso a paso, día tras día específicos niveles de autonomía el desarrollo orgánico ayudará a superar la brecha. El perfeccionamiento de las capacidades perceptivas, harán que el caos se vaya convirtiendo en un cosmos, el ensayo y el error abrirán nuevos caminos a la experiencia, la protocosa inorgánica e informe (esa especie de infinito amorfo y dinámico, ese apeirón que imaginó Anaximandro)... es decir, todo aquello que es “lo Demás” deberá ir dejando paso a lo “Otro”, en cuanto que totalidad organizada que no incluye al Uno ... ¿pero basta sólo con ello?... tal vez para un animal resulte suficiente... pero si hablamos de la constitución del sujeto cognoscente, y del sujeto psíquicamente humano, debemos decir que se requieren de otros condimentos.

Nacidos en la cultura, en ella, por ella y para ella, somos esencialmente antinaturales más allá de nuestra encarnadura y la puesta en juego de las potencialidades cognitivas, sólo puede hacerse en marco de “lo gregariamente propio”. Y así deberemos encontrarnos reflejados – nosotros mismos y nuestra especie – en la mirada de ese que nos mira y que con su mirada nos marca, nos acepta y nos identifica como “semejante”. Y así deberemos ser hablados (a menos que alguien, pueda demostrar que la constitución de un ser humano como tal, no requiere del lenguaje articulado y de todo lo que el implica, al momento de la determinación de las capacidades intelectuales y la conformación anímica)... dije hablados, hablados por todos esos “otros” similares a nosotros y que desde ahora en adelante y con lo simbólico de por medio se interpondrán entre nuestro ser y la realidad del mundo.

## Lo que se pierde y lo que se gana

Se trata de un juego de pérdidas y de ganancias, de faltas y de adquisiciones. Perder al Todo, para pasar a ser el Uno enfrentado a lo Demás, perder el Uno para ser un Uno solo, y que así sea posible que lo Demás devenga lo Otro, perder ese Uno en soledad para ser solo “uno más” y “muchos en uno”, y así despegar en lo Otro a esos otros, sin los cuales no podríamos ser lo que somos. ¿Absurdo juego de palabras?. Puede ser. ¿Pero debería ser de otra manera?... si, por ejemplo, el origen del universo se encuentra en una gran vómito (algunos prefieren llamarlo Big-Bang) de la Nada, si todo lo que existe materialmente - incluyéndonos a nosotros - sólo se limita a ser en última instancia una forma de vacío organizado. Si la Vida biológicamente hablando, sólo consiste en su propia perpetuación en el tiempo, sin otro sentido, significado o valor para sí misma y para sus individuos, si la existencia se reduce a un sólo instante de angustia permanentemente actualizado y que se encuentra siempre encerrado entre dos Nadas que reducen a cero el pasado y el futuro... ¿Por qué sorprenderse si algo termina siendo Absurdo?. Ellos abundan demasiado como para que nos sorprenda su aparición en alguna situación, cosa o momento.

Un juego de pérdidas y ganancias dijimos, de faltas y adquisiciones. Se trata de perder el contacto directo con el mundo, para poder establecer con él una relación como ningún otro ser vivo sobre este planeta puede hacerlo, de perdernos como totalidad absoluta para recuperarnos como singularidades irrepetibles, de perder a nuestros iguales en especie para ganar a nuestros semejantes en humanidad, de perdernos a nosotros mismos como unidad indiferenciada para adquirir una multiplicidad de subjetividades, de perder el instinto para hacernos dueños de la pulsión y del entendimiento, de perder a las cosas y a las personas como alucinaciones persistentes para recuperarlas como objetos del conocimiento y del deseo, de perder un objeto de placer único y perfecto para sustituirlo por una multitud de sustitutos imaginarios, de perder a la madre para ganar al resto de las mujeres, de perder la integridad subjetiva para poder ser sujetos del inconsciente,... pérdidas que generan adquisiciones, faltas como huecos por todos lados, trabajo incesante para rellenarlos, subjetividad, lenguaje, sociedad, cultura, civilización... todo aquello que en última instancia somos para bien y para mal, nos guste o no... y que también nos garantiza mas allá de cualquier juego especulativo nuestra propia realidad como también la realidad del mundo en el cual estamos insertos.

*Aclaración final:* Con respecto a este texto más de uno podría calificarlo de poco científico y demasiado infectado por la literatura; y debo decir que no se equivoca porque es esencialmente un ejercicio literario con todo lo que esto implica. Su objetivo no es epistémico sino estético. Muchas cosas han sido escritas no por su veracidad o su certeza, sino por como suenan o por las imagen que implican. Porque si hay algo no sólo diferente sino opuesto (aún más que la ignorancia o el dogmatismo) a la Ciencia, en cualquiera de sus versiones, es el Arte. Ya que mientras que la primera busca descubrir aquello latente que se oculta debajo de lo manifiesto, el segundo sólo desea crear manifestaciones que le permitan expresarse sin ser descubierto a lo ya velado. Práctica encubridora, camuflaje, ocultación y disimulo, “lo artístico” es también el reino de la metáfora, la metonimia y la representación plástica... reino que se rige más por la lógica del sueño, que por la razón de la vigilia, anhelando jugar con los conceptos como con las imágenes lo hacen las alucinaciones.

Pero más allá de sus diferencias, los diversos tipos de pensamientos poseen algo en común, todos intentan “decir algo”. El filosófico especulando, el científico demostrando, el artístico imaginando, el vulgar “diciendo a secas”. Y en cada uno de estas formas de decir, en sí mismas y especialmente en su combinación y entrecruzamiento se puede encontrar siempre algo de verdad y de belleza (porque no vayan a creer los filósofos y los hombres de ciencia que sus certezas por ser tales no son bellas, y los artistas que la belleza que producen excluye de por sí a las verdades). Y esto no es poco.

En fin, sea como sea, intuyo que muchas de las cosas que se afirman o suponen en este texto resultan lo suficientemente controversiales como para que más de alguno que lo lea quiera como se dice popularmente “levantar una lápida o poner un monumento” en mi recuerdo.

- Rubén Rivera, Junio 2006.



**Esta obra está bajo una licencia Reconocimiento No Comercial Compartir Igual de Creative Commons. Para ver una copia de esta licencia, visite <http://creativecommons.org/licenses/byncsa/2.1/es/> o envíe una carta a Creative Commons, 559 Nathan Abbott Way, Stanford, California 94305, USA**